



REVISTA DE ORIENTACION CATOLICA

SEMINARIO INTERDIOCESANO • CARACAS

TELEFONO 7501 • APARTADO 413

AÑO 4. - No. 37. - TOMO 4.

JULIO DE 1941.

Inesperada y sorprendentemente se han trabado en dura contienda la Alemania Racista de Hitler y el Imperio Soviético de Stalin. Muchos han señalado en este desconcertante acontecimiento la mano providencial del Todopoderoso, porque la pavorosa guerra europea, después de pulverizar a pequeñas y grandes nacionalidades, amenazaba aniquilar a los dos colosos de la contienda: Alemania e Inglaterra, dejando el campo libre al sagaz y enigmático Dictador de todas las Rusias.

Si la guerra es un castigo divino, y lo es generalmente en la providencia ordinaria de Dios, nosotros, sin desearla a nadie, nos alegramos de que se concentre en esas dos naciones y en esas cabezas trágicas, que han declarado la guerra a la Iglesia Católica y amenazan con desvirtuar los más elementales principios de la vida social y de la convivencia humana.

Pero es peligroso señalar los caminos de la providencia en el oscuro curso de los acontecimientos contemporáneos. En primer término porque la guerra europea, como toda contienda sincera, ha dividido al mundo en dos bandos, exagerados y apasionados en sus apreciaciones; y es difícil hablar imparcialmente sin provocar recelos en ambos partidos. Y en segundo lugar porque el pensamiento de Dios es inescrutable, y no ha prometido—en la tierra—el premio de los buenos y el castigo de los culpables.

Y, sin embargo, de acontecimientos actuales filosofaron, con maravillosa perspicacia y reverente atención a las intenciones de la providencia, ilustres escritores sagrados: San Agustín en "La Ciudad de Dios", Salviano en "El Gobierno del mundo" y Orosio en sus "Siete libros de historia contra los paganos", por citar tres autores que asistieron al colapso del Imperio Romano ante la invasión de los pueblos germanos.

Es que existen pecados que por su carácter social o nacional o porque atentan a la propia naturaleza humana, han merecido de Dios, en todas las edades de la historia, un castigo en el orden de la misma felicidad y prosperidad humana, que persiguen.

Que la presente guerra europea, que amenaza convertirse nuevamente en mundial, deba considerarse como azote de la mano pesada del Omnipotente, nos parece cosa manifiesta e indiscutible. Para demostrarlo hay que partir del supuesto de que en las guerras modernas apenas es dado señalar vencidos y vencedores. "Es necesario confesar, decía el Santo Padre en su Alocución Pascual, que la actual contienda ha revestido ya formas atroces y se han sobrepasado los límites de cuanto permite una guerra justa" recrudesciéndose sin cesar los medios de la ofensiva y llevando el

LA MANO DE DIOS

sufrimiento a las poblaciones civiles, a las mujeres y a los niños inermes, a los enfermos y a los ancianos "expuestos a menudo a peligros de guerra más patentes y fuertes que los soldados que luchan en vanguardia".

El espectáculo de las naciones agresoras y agredidas nos ofrece panoramas que tienen sorprendentes coincidencias con los que analizaron Orosio, Salviano y San Agustín en el siglo V. Aun las mismas luchas sangrientas, provocadas por los bárbaros del Norte, coinciden con los puntos geográficos de las batallas de nuestros días: desde el Dnieper, pasando por Grecia, los Balcanes, Italia, Francia, España, hasta la costa norte del Continente Africano.

Salviano y San Agustín consideraron el derrumbe del Imperio romano como un castigo a la sutil degeneración de sus costumbres. Tal vez sería más fácil señalar las prevaricaciones nacionales y sociales de los grandes pueblos que han sido castigados por la guerra actual.

Francia, la noble y gloriosa Francia, en cuyo dolor no queremos ensañarnos, proclamó el laicismo, persiguió a las órdenes religiosas, legalizó el divorcio y trató de hacer elegantes y de buen tono los más refinados vicios contra la natalidad y el decoro público de las costumbres sociales. En la hora de la verdad le faltaron hijos para defender sus fronteras.

Inglaterra se separó del centro de unidad del Cristianismo, martirizó por tres siglos de esclavitud a la noble nación irlandesa, formó de oficiales piraterías un inmenso imperio colonial y dominó por la política del divide et impera, con el instrumento de la masonería, a las naciones débiles. En la hora de la verdad Irlanda se negó a marchar a su lado y se encontró sola ante el enemigo.

Italia, malnacida en la brecha de la Porta Pia contra un Pontífice indefenso; Italia, que atropelló aparatosamente a Etiopía y atacó traidoramente en un día de Viernes Santo a la inocua Albania, ha visto caer vergonzosamente las armas de sus soldados en todos los frentes de combate.

No tenemos por qué hablar de Alemania y Rusia, cuyas doctrinas y prácticas monstruosas, hemos condenado repetidamente en estas páginas.

A punto de inmiscuirse en la apocalíptica contienda europea, Estados Unidos tiene en su haber irritantes atropellos de las naciones débiles y una corrupción de costumbres del que hemos dado noticia más concreta en otras secciones del presente número. Bastaría este detalle. En 1941 hay en Estados Unidos tres millones (3.000.000) menos de niños que en 1930.

Y sobre todas estas miserias y a través de todos los pueblos está la evidente injusticia social, la explotación inhumana de los poderosos y la tiranía igualmente inhumana del proletariado en las naciones que se han adueñado del poder.

Muchos interrogan ya angustiosamente: ¿Qué nos espera después de la guerra? ¿El comunismo? ¿El racismo? Indudablemente algo muy distinto del individualismo liberal del siglo XIX. Tal vez la socialización más o menos radical de todos los Estados; un avance en el moderno movimiento de colectivismo y corporación.

En el orden moral una experiencia dolorosa demuestra que las postguerras son épocas de inquieta y ansiosa inmoralidad. Tras las privaciones de la guerra, el soldado y el ciudadano se arrojan desesperadamente al goce de los más bajos placeres.

Ideológicamente, si la guerra mundial provocó una reacción espiritualista, es de esperar que la guerra actual lleve al perfecto convencimiento de la vacuidad y la bancarrota de la cultura materialista. ¿Sucederá a la pagana concepción de la vida de placer, de violencia y de ambición, que ha llevado a la guerra, un programa cristiano-social, fundado en las Encíclicas de los Pontífices León XIII y Pío XI? Surgirá de las ruinas de una Europa, también "sutilmente corrompida", una nueva Edad Media?

Nosotros, los espectadores lejanos, colocados por Dios en una isla de paz venturosa y de espontánea neutralidad, pidamos, con el Papa, por los que sufren, pidamos porque nos libre Dios del azote de la guerra, pidamos porque de las ruinas de una civilización materialista, orgullosa de sus vanas conquistas, surja un "orden nuevo", un mundo de justicia y de verdad.

